

ARTÍCULO

EL CLUB DE LOS IDEALISTAS TRASCENDENTALES

Gabriel Schutz
Escritor y filósofo

gabriel.shutz@gmail.com

EL CLUB DE LOS IDEALISTAS TRASCENDENTALES

d

Oscurecía cuando ingresé en la sala. Había faltado a la última reunión, la semana anterior, y estaba ansioso por conocer lo que Sapiro, en un encuentro callejero y furtivo, me había adelantado como “la mayor conquista de la cofradía y, probablemente, de la filosofía toda”. Monroy estaba erguido en su silla, con ese aire de barrigón satisfecho y expectante, las piernas abiertas, las manos regordetas apoyadas sobre los muslos, como si un instante antes se hubiese remangado los pantalones para sentarse y sostuviera todavía las arrugas de la tela entre sus dedos. Pero el cenicero lleno, el olor del tabaco frío, dejaban ver que había estado sentado, fumando mansamente mucho antes de que yo llegara. De no ser porque lo conocía de tanto tiempo y sabía que esos hoyos en sus mejillas, como ombligos espontáneos, denunciaban una sonrisa de bienvenida —una sonrisa que en general pasaría inadvertida bajo la cascada gris de su bigote—, me habría sentido intimidado por aquel gesto de cacique mudo. Colgué mi abrigo y mi sombrero, empapados por la lluvia, y pude ver que junto al sombrero de Monroy estaba el de Sapiro, su saco azul, y más allá, la capa y el sombrero negros de Cartoffel. Caminé y miré escaleras arriba hacia la puerta del desván. No parecía haber nadie allí.

—¿Dónde están Sapiro y Cartoffel? —le pregunté a Monroy, acercándome a la mesa, redonda y desierta. Era extraño que esta vez no hubiesen libros o papeles arrugados.

—No tardarán en regresar —me dijo, invitándome con las manos extendidas a que me sentara.

Había tres sillas además de la que ocupaba Monroy. A su derecha se sentaba Sapiro; a su izquierda, Cartoffel. Yo me sentaba enfrente de él. Me dejé caer exhausto.

—¿Adónde fueron estos dos? Sus abrigos están colgados en el perchero —señalé. Pero antes de que pudiera responderme, volví a preguntar—: ¿Te sobra algún cigarro? Preciso fumar.

—Claro —dijo Monroy con su habitual calidez, sacó la tabaquera de su viejo chaleco y me la acercó para que yo escogiera.

—Gracias —Tomé uno al azar. —Al fin un poco de fuego en medio de tanta agua.

Encendí el cigarro. El humo dejó ver pronto el cono de luz que caía a desgana sobre la mesa.

—Bueno —volví a inquirir—, ¿y entonces adónde fueron Sapiro y Cartoffel con esta lluvia?

—Ya sabes cómo son —contestó Monroy—: lluvia, no lluvia, todo les da más o menos igual.

Supe en la respuesta esquiva que Monroy se traía algo entre manos; Monroy y quizá también Sapiro y Cartoffel. Vi que los respaldos de los asientos vacíos se apretaban contra el borde de la mesa, como si en su paso por la sede, aquellos dos no hubiesen alcanzado siquiera a sentarse.

—¿Y cómo has estado estos días? —pregunté para amenizar un poco la conversación.

—¡Maravillosamente bien! —exclamó Monroy. Era entusiasta, pero su respuesta parecía deberse a un motivo específico más que a su natural optimismo. Encendió un cigarro y no tardó en agregar—: Lo hemos conseguido, Tulp. ¡Lo hemos conseguido! Las Formas Puras. ¡Las hemos visto!

Me sobresaltó la noticia; me despertó sospechas, escepticismo, envidia. Me indignó.

—¡Pero cómo no me avisaron! —protesté escandalizado.

—Los estatutos son inflexibles, no preciso recordártelo. Faltaste la semana pasada.

—¿Pero dónde? ¡Cómo!

—Aquí —dijo Monroy y liberó una bocanada de humo hacia el lugar de Sapiro. La danza de las volutas hizo reaparecer el cono que proyectaba la lámpara, pero para mi sorpresa, más allá del respaldo de la silla vacía, se hizo patente con el humo un Triángulo de luz que flotaba inmóvil.

Monroy golpeó ruidosamente la mesa con sus manos y volvió a gritar:

—¡Lo conseguimos! ¡Lo hemos conseguido, Tulp! ¡¡Hemos alcanzado las Formas Puras!!

No podía creer lo que veía. Habíamos fundado El Club de los Idealistas Trascendentales en un país y un tiempo sin aliento metafísico; y que uno de nosotros usara capa, otro chaleco a la antigua, que hubiese en nuestra biblioteca rarezas y joyas que quizá nadie apreciaría jamás, me parecía, incluso a mí mismo, más una cofradía de locos hastiados, un refugio, que una empresa que pudiera llegar a conquistar algún día un resultado filosófico concluyente. Por eso estaba estupefacto, sin habla, mirando cómo el Triángulo flotante se desvanecía a medida que el humo lo abandonaba.

—Te presento a Sapiro —dijo Monroy, largó una nueva bocanada sobre el Triángulo y soltó una carcajada festiva mientras lo veíamos reaparecer, equilátero y etéreo—. ¡Y a Cartoffel! —Entonces, dirigió el humo hacia la izquierda y pude ver esta vez aparecer intermitentemente un Rectángulo de luz.

Sin poder contenerme, me incorporé, fui hasta el lugar de Sapiro, le eché otro poco de humo y atravesé con mi mano el Triángulo flotante, que sobrevivía impertérrito al pasaje de materia.

—Cómo es posible —musité asombrado.

—¡Ésa es la pregunta, Tulp! ¡La vieja pregunta! “¿Cómo es posible?” ¿Lo ves? Ni el sabio de Königsberg ni el mismísimo Sócrates, que alcanzó a contemplar las Ideas Puras en plena serenidad, mientras bebía la cicuta, habrían imaginado jamás un grado de penetración metafísica tan profundo como el que hemos alcanzado aquí.

Miré a Monroy con sospecha.

—Quiero ver —dije—. Quiero ver cómo lo hacen. Quiero intentarlo yo mismo.

—¡Claro, hombre! —repuso sin vacilar Monroy, chasqueó los dedos y al punto apareció Sapiro, de pie, con las manos abiertas como diciendo Voilà!, justo detrás del respaldo de su silla. Me miró con sorna, desvió los ojos divertidos hacia Monroy y chasqueó él mismo los dedos. Monroy desapareció, dejando caer el cigarro sobre su silla. A los pocos segundos, las volutas dejaron ver en su ascenso una Circunferencia de luz perfecta, flotante, inmóvil.

Miré estupefacto a Sapiro.

—Que nadie diga ya que no es posible ver las Formas Puras —sentenció y tomó el cigarro caído—. Yo creo que a ti te iría bien el Paralelogramo, Tulp. ¿Probamos?

—S... sí, pero es que no sabría cómo hacerlo.

—Ah, facilísimo. ¿Qué te gustaría ser?

—No sé. Un Rombo, tal vez.

—Bien, Rombo serás. Pero necesitamos a Monroy o a Cartoffel de regreso. Por ahora no sabemos qué puede pasar con varias Formas Puras coexistiendo en el tiempo-espacio durante un lapso prolongado —explicó Sapiro y chasqueó los dedos.

Entonces apareció Cartoffel, tan campante, con las manos en los bolsillos.

—¡Tulp, viejo amigo! —exclamó de muy buen humor, se me acercó y me dio un caluroso abrazo—. ¿Cómo has estado, eh? Yo estoy más en forma que nunca —bromeó y soltó una carcajada—. Vamos a llamar a Monroy —propuso y chasqueó a su vez los dedos.

Pero Monroy no apareció.

—Ah, maldito goloso —resopló fastidiado—. Parece que no quiere regresar. Dejémoslo un rato.

Encendió un cigarro. La sala empezaba a llenarse de humo, pero todavía no era suficiente para dejar ver, por sí mismo, las Formas Puras; era preciso dirigir expresamente una bocanada llena hacia el lugar donde flotara la Forma. Para cerciorarme de que Monroy todavía estuviera allí, solté humo sobre su silla. Había mudado: en lugar de Circunferencia, era ahora Rombo. Sapiro rió.

—Me temo que te han ganado de mano, amigo —dijo.

—¿Monroy nos escucha? —pregunté.

—¡Claro! Es lo más normal del mundo —repuso Cartoffel—. Estás y no estás, eso es todo.

—¡Quiero probar ya! —dije mirando al Rombo—. Monroy: después serás todo lo Rombo que quieras. Es mi turno ahora.

Chasqué los dedos y Monroy apareció de piernas y brazos cruzados, mirándome con un reclamo.

- Está bien —dijo al fin.
—¿Cuándo lo consiguieron? —pregunté.
—La semana pasada, aquí —repuso Monroy lacónicamente.
—¿Cómo?

Sapiro fue hasta la biblioteca, abrió las enormes puertas del sector donde guardábamos nuestros escritos y desde allí empezó a sacar pilas y pilas de papeles, desprolijamente apiñados unos sobre otros. Cartoffel fue en su ayuda y al fin, juntos, cargaron, arrodillados por el peso del papelerío, aquella torre vacilante que sobrepasaba con mucho sus cabezas. Gimieron en un último esfuerzo y consiguieron, al cabo, depositarla sobre la mesa redonda. El papel superior arañó el techo y descendió sin prisa, en un lento vaivén hasta quedar detenido sobre la mesa. Lo tomé entre mis manos. Era delgadísimo, casi transparente, el papel más etéreo que hubiese visto jamás, y en él no había otra cosa que no fueran círculos dibujados sin precisión geométrica. Era manifiesto que habían sido trazados a mano alzada. En el ángulo superior derecho de la hoja estaba escrito el número uno.

—Escoge al azar un papel de la pila —me dijo Sapiro—. Nosotros la sostendremos para que no se venga abajo.

Seguí diligentemente las instrucciones. Mientras las seis manos sostenían la torre irregular, extraje al azar un papel de entre los más bajos. Estaba numerado con el 1.382.766.

—¡Ah! —exclamó Monroy al verlo—. El 1.382.766, lo recuerdo perfectamente bien. Ya estaba cerca de la Idea Pura de la Circunferencia.

Otra vez no había sino círculos; grandes, pequeños, concéntricos, superpuestos, pero ahora eran, al menos a simple vista, todos y cada uno de ellos de una perfección inobjetable. Nadie diría esta vez que habían sido trazados a mano alzada.

—¿Los has hecho tú? —pregunté mirando a Monroy.

—Del primero al último. En el desván están los triángulos de Sapiro y los rectángulos de Cartoffel. Pero supongo que da igual ver esta pila o las otras.

—¿Puedo ver la hoja de más abajo? —pregunté.

—¡Claro! —repuso Monroy—. Es exactamente la 2.252.821. Pero es preciso que traslademos la pila hasta el borde de la mesa. Si no, no podremos sacar el papel de abajo.

Lo hicimos. Después de una complicada maniobra, Sapiro extrajo la hoja 2.252.821, tan delgada y etérea como la primera de la pila.

Previsiblemente, había un solo círculo, justo en medio. Era imposible decir qué lo distinguía de cualquier otro círculo trazado con un compás de precisión, pero era también imposible dejar de reconocer que ciertamente algo lo distinguía, tal vez una reverberación imperceptible. Era de una belleza asombrosa.

—¿Y después de esto qué vino? —me apuré a preguntar, sabiendo ya la respuesta.

—¡La Forma Pura! —dijeron los tres al unísono. Sapiro chasqueó los dedos y desapareció. Liberé humo sobre él. Era Cilindro.

—¡Volumen! —llegué a decir, asombrado.

—¡Volumen! —repitió Monroy, chasqueó los dedos y desapareció también.

Me reí. Acerqué mi cigarro hasta su silla: era un Cubo de luz.

—Creo que te quedarás solo un rato, mi buen amigo —anunció al fin Cartoffel y en vez de chasquear los dedos, dio un silbido agudo y se convirtió en Pirámide.

—Muy bien, señores —dije—, es hora de que el viejo Tulp juegue también a las Formas Puras. ¡Oops!

—Chasquéé los dedos, pero no apareció ninguno de los tres. —Oh, vamos... ¡Me aburro aquí solo!

Entendí que estaban estrenando su juguete nuevo y, de paso, espetándome mi ausencia durante la semana pasada. Parecían niños. Tan pronto disparaba yo una nueva bocanada de humo, Sapiro ya era ahora Dodecaedro, Monroy Cono, Cartoffel Esfera, Monroy Icosaedro y así, como si estuvieran contestándose unos a otros. Decidí dejar los tres cigarros en las tres sillas vacías, eriguídos como chimeneas, para poder

ver sin interrupción todas las transformaciones. Después de un rato, los abandoné a su suerte y fui hasta la ventana. El cielo nocturno seguía encapotado, la lluvia había amainado un poco.

—Sigo esperando, señores —dije sin volver la vista atrás.

Pero permanecí largo rato mirando hacia fuera, mientras los otros tres se divertían detrás de mí mostrándose sus destrezas. Recordé nuestras primeras reuniones, la elección del nombre, que en nada representaba nuestra posición filosófica. Ninguno de nosotros se declararía a sí mismo jamás kantiano o especialmente partidario del idealismo trascendental en alguna de sus versiones. El idealismo trascendental de nuestro nombre no tenía que ver con el sentido de esa expresión en filosofía. Lo que sucedía era que el común de las personas que sabía de nuestra afición a la filosofía y de nuestro rechazo a casi todo lo demás, decía de nosotros que éramos “idealistas”, ignorando, desde luego, la acepción filosófica del término, y utilizando esta palabra como un eufemismo para significar idiotez o ingenuidad en grado sumo, pues, para ellos, un idealista es aquel que cree tan ferviente, inocente y estúpidamente en sus ideales, que no se da cuenta de “los verdaderos problemas de la vida”. Así que decidimos adoptar la estupidez que se nos imputaba. Y por otro lado, cuando gente de esta misma estofa (la inmensa mayoría, hay que decirlo) simulaba interesarse en nuestras actividades y escuchaba, como respuesta a su curiosidad, que nos dedicábamos a meditar sobre viejos asuntos, no faltaba nunca el que dijera: “Ah, yo siempre he tenido mucho interés en la meditación trascendental”. Así fue que acabamos por escoger este filosófico nombre para nuestro club.

Recordé también las discusiones que había suscitado la redacción de los estatutos, nuestro pasional y aguerrido lema, la primera distribución de tareas y cargos, los primeros escritos llevados por Cartoffel. Hasta que el reflejo de la ventana me dejó ver que los cigarros habían terminado de consumirse; Cartoffel, Sapiro y Monroy no eran ya visibles. Y se habían llevado consigo sus tabaqueras, de modo que no tenía yo cigarros nuevos para hacer reaparecer las tres Formas Puras. Monroy había dejado, al menos, su encendedor sobre la mesa. Pero no había lo que quemar.

Por un momento, pensé que los más de dos millones de papeles estaban allí prestos a ser incinerados. Supuse que sobre todo los primeros esbozos de círculos no revestían especial importancia. Y como tenía a mano la hoja número uno, llegué a considerar que podía valerme de ella para hacer una antorcha y ver en qué estaban aquellos tres. Pero no quería cometer una herejía. Si Monroy había guardado con tanto celo todos sus bosquejos, quizá tuviera en mente hacer con ellos algo, cuando más no fuera guardarlos como recuerdo.

—Bueno, señores, empiezo a aburrirme —declaré—. Hora de volver.

Chasqué los dedos.

Nada.

—¿Abracadabra? —intenté.

Nada.

Empecé a preocuparme y no tardé en recordar lo que Sapiro había dicho: que todavía no sabían el efecto que podía tener la coexistencia de varias Formas Puras en el tiempo-espacio durante un período prolongado. Sentí pánico. Mis amigos bien podrían estar atrapados en el otro reino. Era preciso que al menos los viese un instante más para tranquilizarme.

Busqué algo que pudiera utilizar como antorcha humeante. Nada en aquella biblioteca era adecuado para este propósito. Habíamos leído juntos cada página de cada uno de aquellos vastos volúmenes, habíamos llegado a declarar que cada letra y cada palabra, cada oración, sección y capítulo de cada libro tenía exactamente el mismo valor que las restantes letras, palabras, oraciones, etcétera de la biblioteca; que el prólogo a la traducción española de una obra menor valía tanto como el pasaje más bello del Fedro de Platón o la demostración más severa de la Ética de Spinoza, y esto porque estábamos convencidos

de la pareja participación, aun de los elementos más ínfimos, en el destino común de ese único cuerpo vivo: nuestra biblioteca. No, no era posible siquiera quemar la página final con la fecha de impresión o las tediosas advertencias de algún traductor. Pero era insólito que no hubiera papeles sueltos, sin importancia, siquiera periódicos viejos. ¿Dónde estaban los papeles etéreos que habían servido para bosquejar círculos, triángulos y rectángulos? Sonaba extraño que hubiesen utilizado la cantidad exacta de papel en blanco para sus bocetos, ni una hoja más ni una hoja menos. (¿Y de dónde habrían sacado tanta cantidad y de un papel tan exquisito?) Subí las escaleras hasta el desván y encendí la luz. Allí estaban las pilas de Sapiro y Cartoffel. Me acerqué curioso a examinarlas. También era una cantidad monstruosa de papeles apilados, separados en montones que llegaban hasta la cintura. Vi el número uno, lleno de triángulos torpemente trazados, el número 806.922 ostensiblemente más cerca de la perfección, al menos de la perfección geométrica y no pude reprimir la curiosidad de buscar el último triángulo de Sapiro. Lo había conseguido un poco antes que Monroy: un triángulo único, equilátero, extraordinariamente perfecto y bello, en medio de la hoja 2.050.441. Le eché un ojo presuroso a los rectángulos de Cartoffel. Había sido el más precoz: alcanzó la Forma Pura, la rectangularidad, en la hoja 1.765.423. Un prodigio.

Más allá, había todavía unas cuantas cajas de cartón enormes. Me acerqué a examinarlas y vi que todas llevaban mi nombre escrito. Me sonreí; habían previsto todo, incluso mi ascenso al reino de las Ideas Puras. Abrí una de las cajas, saqué unas cuantas hojas y escogí una para poder contemplarla sola, en su vacía levedad. Era tan delgada y transparente que apenas resultaba visible. Ella misma era de una belleza extraordinaria y enigmática. Daba pena tener que pasarla por la hoguera.

Bajé de nuevo a la sala, fui hasta la mesa y acerqué la llama del encendedor a una de las hojas. Contra toda expectativa, no era inflamable; no había manera de arrancarle el menor hilo de humo. Me pareció que el secreto para ver las Ideas Puras estaba cifrado en el papel casi tanto como en las innúmeras repeticiones de las formas. Pero no era momento de detenerse en especulaciones. Debía actuar con celeridad. Como no veía nada que fuese inflamable a simple vista, intenté sacar de la madera de la mesa una astilla, raspando con mi juego de llaves. "Que el club me perdone", dije y empecé a raspar la superficie.

La astilla era pequeña, pero encendió al instante. La puse por debajo de Monroy. Entre la imprecisión de mi memoria para dar con el lugar exacto donde estaría él flotando, como Forma Pura, y lo delgadas que eran las volutas de humo que despedía aquella astilla, fue creciendo un horror que ninguna presencia, por aberrante que sea, llegará a concitar jamás: el horror de la ausencia. Monroy ya no estaba allí. Moví desesperado la brasa ardiente hasta el lugar de Cartoffel; pensé, aun en medio de la angustia, en lo extraño que era buscar algo que sólo fuese visible a la luz del humo. Comprobé que Cartoffel también había desaparecido, y enseguida, que Sapiro había corrido la misma suerte.

Me invadieron una impotencia más allá de todo decir y una soledad de muerte.

β

Bajé todos los paquetes de papel que decían "Tulp". Me había dicho que lo más sencillo sería vérselas con la cuadratura. Anoté, en el ángulo superior derecho de la primera hoja, el número uno y así empecé a dibujar, uno tras otro, cuadrados y más cuadrados. Era extraño considerar que Cartoffel, Monroy y Sapiro pudieran estar viéndome, tal vez desde una Supraforma, una Forma Total que fuese invisible incluso al humo, o tal vez siendo todavía meras Formas Puras, pero desde algún otro rincón al que se hubiesen desplazado dentro la sala en sus intentos por regresar. De ser así, de poder todavía verme, seguramente estarían preguntándose, como yo, si intentar ir con ellos no era la peor de las ideas, la cancelación de toda posibilidad de regreso para los cuatro. Pero no tenía ninguna otra alternativa y pensaba, o quería creer, que algo se me ocurriría mientras mi mano dibujara mecánicamente millones y millones de cuadrados. Por lo demás, el mundo era un lugar demasiado absurdo sin Cartoffel, sin Monroy y sin Sapiro. Cuando habíamos fundado El Club de los Idealistas Trascendentales, en nuestros estatutos, un poco ingenuos, quizá demasiado fervientes en conformidad con los años que teníamos entonces, habíamos sellado el documento con el lema: Filosofía o muerte. Y filosofía, para cualquiera de nosotros, no era, no podía

ser jamás, únicamente la especulación solitaria. Filosofía era el minucioso diario de observaciones que llevaba Monroy sobre nuestro hormiguero artificial, sociedad perfecta, según él, en la que encontraría las intuiciones políticas para rehacer una nueva versión de la Utopía de Moro; era Cartoffel y su extraordinaria capacidad para ver lo que él llamaba “el gesto metafísico” en las cosas más pequeñas y ordinarias; era Sapiro y su fina disquisición para el detalle moral en los asuntos de nuestra vida; era, en fin, la amistad que nos hermanaba como testimonio vivo de la philía griega, y eran todos nuestros proyectos filosóficos, de los cuales apenas uno, seguramente el más descabellado, consistía en idear métodos y atajos para ver las Formas Puras —sin que sospecháramos jamás, por supuesto, su real consecución. Filosofía y vida eran para nosotros una y la misma cosa, y por eso, así como vida y muerte se excluyen, así también para mí, y estoy seguro de que para cualquiera de los cuatro, una vida sin filosofía era la mismísima muerte en vida. Seguí trazando cuadrados.

Y

No recuerdo cuántas horas febriles pasaron hasta que la Forma llegó a la hoja número 2.623.459. No podría decir qué sucedió en medio. Sólo sé que ardió fuego negro sobre fuego blanco, que la Forma Pura del Cuadrado quedó así sellada sobre el papel y que en ese preciso instante me desvanecí en una paz infinita y silente. Del mundo sólo quedaba el sonido de la lluvia. Lo demás era sensación ciega y preclara. Supe enseguida, con una certeza arrolladora, que Monroy, Sapiro y Cartoffel flotaban conmigo. Si alguien hubiese ingresado en la sala del club, en ese instante, y hubiese hecho el experimento del humo, habría visto un Cuadrado de luz levitando sobre la silla en la que solía yo sentarme. Pero habría visto flotar también, en un punto exactamente equidistante a las otras tres sillas vacías, una única Esfera de luz. Entendí enseguida lo que había sucedido. Mientras se divertían convirtiéndose en esta y aquella Forma, y yo miraba por la ventana, no contemplaron la posibilidad de coincidir al mismo tiempo en una misma Forma. Al coincidir entre sí (tal vez, primero dos de ellos, y luego el tercero), necesariamente tuvieron que fundirse en la única Esfera Pura posible, y esto porque las Formas Puras son, por definición, únicas: puede haber muchas esferas en el mundo, pero la esfericidad misma, la Forma Pura del ser-esfera es una sola. Y ahora, es justo allí donde habitan mis tres mejores amigos. Mis tres únicos amigos.

Como Sócrates, no vacilé. Repetí una vez más “Filosofía o muerte” y me dejé transformar suavemente en Esfera.

Montevideo, mayo de 2006